

ELEGÍA

por Juan Donoso-Cortés y Fernández-Canedo.

Tú que elevando la tranquila frente
Marchas de luto y de silencio llena,
Y tu estrellado velo
Tiendes, ó Noche, en majestad serena
Por el fulgente cielo;
Dulce concede plácida acogida
En tu regazo blando
Al que cansado de arrastrar su vida,
Bajo el peso fatal que su alma agobia
Respira sollozando.

Todo es reposo en ti: por blandas flores
Aquí el arroyo su cristal desata,
Contemplando en su curso perezoso
Tu carro adormecido y silencioso
Coronado de sombras y de plata.

Y mas allá... ¡qué lúgubre gemido
Tu hondo silencio a quebrantar se atreve!
¿Será tal vez el viento que escondido
Manso susurra entre la rama leve,
Depuesto ya su furibundo ceño?
¿O la tímida virgen que suspira,
O el eco plañidor de infausto sueño?
Mas no... un sepulcro solitario miro:
El Genio del dolor el himno canta
Que al fuerte eleva y al feliz espanta.
¡Salud paz del sepulcro! en tu hondo seno
Sorda enmudece la profana lira,
Horror no causa el espantoso trueno,
Y la voz del placer helada espira.
¿Quién en tu abismo cóncavo se esconde?

Al inspirado son del plectro mío
Rompe el silencio del sepulcro frío,
Eternidad, responde.

Purpúrea faja retiñó sangrienta
La tibia luna, y su esplendor cubría
Con fuego misterioso;
El rayo cruza el aire; brama el trueno;
Y ella en su curso lento parecía
Mancha de sangre sobre azul sereno.
Con sonante fragor rómpese en tanto
La losa sepulcral, y en el momento
Mi vista se hunde en su profundo aliento:
Lo que entonces miré, dígalo el llanto,
Y el concertado son del triste canto.

Bella como entre nácares llevada
Pálida reina de la noche umbrosa,
Que de blancos jazmines coronada
En la trémula fuente se reposa,
Vi en el cóncavo seno de la tumba
Una beldad que en plácido desmayo
Estar me parecía,
Como la rosa que perece en mayo
Al espirar el moribundo día.
¿Quién con su aliento emponzoñado pudo
Helar el seno que antes palpitaba,
Ajar el blanco lustre en que brillaba,
Y cortar de su vida el bello nudo?
Esto dije: y lanzando hondo gemido
Un eco me responde:
"Quien la beldad en el abismo esconde
Es quien en luto y destrucción se goza,
Y en el yermado campo de la vida

Emponzoñado sella
Con dura planta inextinguible huella:
Tú que el silencio del sepulcro rompes,
Alza la frente y mira ,
Como espantoso en el espacio gira”.

Pavoroso estampido
Rueda sonando entonces en occidente;
Las alas agitando
Hórrido monstruo la nublosa frente
Pálida y sola ostenta
En medio al aire infecto que respira,
Y en el suelo su sombra delineando,
Entre las nubes espantoso gira.
Cual negro torbellino
De horrores precursor, hiende la esfera,
Que en luto tiñe su fatal carrera:
Como tormenta muda,
El silencio pasa,
Fatídico esplendor de ardiente rayo,
Que nace y muere, y cuanto mira abrasa.

¿Pero qué acento dulce y melodioso,
Como el último son de arpa que gime,
Hierde mi pecho que el dolor oprime
Con eco misterioso?
Allí un ciprés... su solitaria rama
Que el viento suave mece
Con la nocturna llama
Y al vapor de la tumba se alza y crece.
¡Una lira también!... ¿por qué tus cuerdas
¡Ay! muchas yacen, y la voz del viento
Solo susurra en ellas
Con monótono acento

Al pálido brillar de las estrellas?
Y tú que silencioso y reclinado
Sobre la rama fúnebre suspiras,
¿Eres el Genio de la noche airado
Que los vapores de la muerte aspiras?
Y si eres un mortal, ¿por qué no crece
Mustio ciprés y solitaria rosa,
Que el viento de la tumba solo mece
Tu vacilante planta se reposa?
-“Lloro infeliz a mi perdida Esposa”.

Un rayo entonces la tranquila luna
Lanzó por entre el fúnebre ramaje:
Luciendo desmayado,
En su pálida frente se retrata:
Al deslizar callado,
Orla parece de luciente plata,
O de nieve sutil copo escarchado.
Al dudoso brillar con que le hiere
¿No miro que el laurel sacro le ciñe,
Que verde fue, pero marchito muere?
Claro y luciente acero
Brilla a su lado: en tersos resplandores
Refleja en el guerrero
El lustre y sacro honor de sus mayores.
-¡Hijo del canto! La callada lira
¿Por qué dada al olvido,
Tan solo lanza funeral gemido,
Y no los himnos del dolor suspira?

Alto prócer de Iberia,
Al funesto gemir dado tan solo,
¿El plectro romperás que te dio Apolo,
La frente humillarás al infortunio,

Que tu seno devora?

La musa es el dolor; vate el que llora,
Cuando en torno a su frente laureada
Nube espantosa pálida se mece,
Y del rayo humeante acompañada
El mortal que la mira se estremece,
Entonces mas seguro
Alza la voz, y el sublimado acento
Lleva sonando el viento
Hasta el abismo oscuro:
El abismo le escucha ensordecido:
La destrucción le inspira:
La destrucción también suene en tu lira.
¿Por qué lanza tu pecho hondo gemido?
-“No goza ya la luz del claro día
El dulce encanto de la musa mía.
Mis dedos ¡ay! las cuerdas ya no hieren,
Ni ya los vientos mi cantar elevan:
Ella murió”.- La tumba es el destino.
Así las sombras de la noche mueren;
Así los ríos a la mar se llevan
En su fatal camino...
Probó a cantar; pero la voz helada
Murió en el pecho frío,
Y con sordo gemir solo responde
Al destemplado son del canto mío.

Corona Fúnebre
en honor de la Excma. Sra. Doña María de la Piedad Roca de Togores,
Duquesa de Frías y de Úceda, Marquesa de Villena, &c., &c.
Madrid, 1830.